

John Verdon cierra, por ahora, su trilogía con 'Deja en paz al diablo' (Rocaeditorial)

Tercera entrega

John Verdon es la personificación de una de esas verdades americanas. Concretamente, de la que asegura que el éxito es lo que ocurre cuando se persigue un sueño con esfuerzo. La historia es conocida. Verdon era un exitoso publicista de Manhattan que se jubila y se retira a una remota casa de campo en el norte del estado de Nueva York. Allí comienza a entretenerse fabricando muebles de madera. Cuando se cansa de los muebles, prueba a escribir una novela policiaca sin más pretensiones que conseguir que el texto entretenga a su mujer. Ese libro terminará siendo *Sé lo que estás pensando* (Rocaeditorial). Vendrá cientos de miles de ejemplares y será traducido a numerosos idiomas. Pueden apostar a que Hollywood hará algo antes o después con esa historia.

Tras *Sé lo que estás pensando* llega *No abras los ojos* el éxito se repite. Confirmado: Verdon es el último caballo ganador del 'thriller' contemporáneo. La trilogía protagonizada por el expolicia neoyorquino David Gurney se cierra, por ahora, con *Deja en paz al diablo*, que llega a las librerías justo a tiempo para convertirse en el libro de las vacaciones de verano. La novela no se sale del camino marcado: mismo protagonista,



A favor de Verdon hay que decir que es un escritor pulcro

mismo núcleo de personajes curiosas extensiones, mismo tono, mismas virtudes, mismos defectos.

Todo apunta, eso sí, a que la tercera entrega de Verdon ya no tiene la capacidad de sorprender de sus predecesoras. Tal vez sea una de esas novelas de transición que son frecuentes dentro de una saga y que llevan al lector del descubrimiento inicial de un mundo narrativo a la constata-

ción de cuál es la verdadera extensión, y profundidad, de esa geografía de ficción.

En *Deja en paz al diablo* Verdon se aleja del esquema de 'delito imposible' que manejaba con mucho olfato en los dos primeros libros protagonizados por Gurney. Esta vez lo que ocurre es más bien que un viejo psicópata regresa a las andadas y comete el error de que esas andadas quedan muy cerca del entorno del

inteligente y levemente atormentado expolicia. Todo comienza cuando Gurney recibe el encargo de una amiga periodista. Consiste en que asesore a su hija en la puesta en pie de un programa de televisión que se centrará en el sufrimiento de las víctimas de unos asesinatos del pasado que quedaron sin resolver.

Todavía magullado por la resolución de su último caso, Dave Gurney se muestra reacio a invo-

lucrarse en el asunto, pero por supuesto terminará metido de hoz y coque en el proyecto. Sobre todo, a medida que éste comienza a ponerse peligroso. Será entonces cuando volvamos a ver al detective de Verdon en acción y podamos sacar algunas conclusiones. Por ejemplo, Gurney es un investigador cerebral y bastante inflexible que se concentra por completo en lo que tiene entre manos. Esto suele tensar su relación con su mujer, Madeleine. Curiosamente, se diría que Verdon alcanza sus máximos niveles de finura psicológica en el retrato que hace del matrimonio del protagonista. No son desde luego del mismo nivel sus malvados, que tienden a tener un aire de super villanos de película taquillera, esas naturalezas tirando a inexplicables.

Errática y un punto exagerada, *Deja en paz al diablo* es quizá la novela menos trepidante de las tres que hasta ahora ha protagonizado Gurney. A favor de Verdon hay que decir que es un escritor pulcro y que parece tener interiorizado que la atención del lector es un bien delicado y quebradizo. En su contra debemos anotar ciertos vicios efectistas, el excesivo esquematismo de sus tramas (esta novela es un constante ir y venir en el coche de Gurney) y cierta llamativa complacencia en el dibujo del protagonista. Se sabe que el inteligente Gurney es un pretendido un alter ego de Verdon, pero termina llamando un poco la atención que el propio Verdon se muestre públicamente tan satisfecho de ser John Verdon. No sé si me explico.

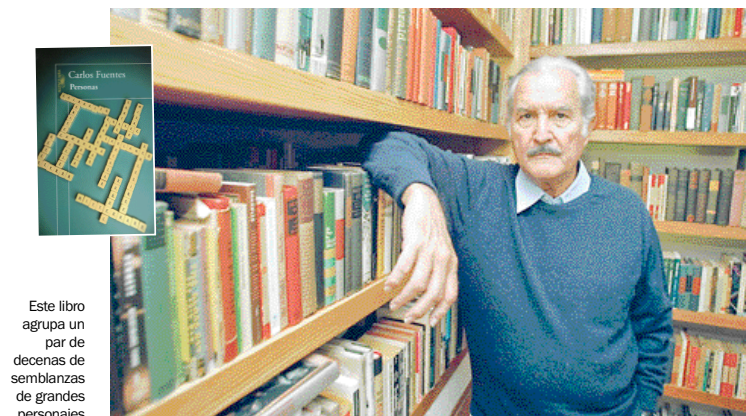
Pablo Martínez Zarracina

Pocas semanas después de su muerte, se publica 'Personas' (Alfaguara) de Carlos Fuentes

Resulta curioso que el último libro de Carlos Fuentes, aparecido apenas unas semanas después de su muerte, comience con una semblanza de Jean Daniel. El libro se titula *Personas* (Alfaguara) y agrupa un par de decenas de semblanzas de grandes personajes hechas por el escritor mexicano a lo largo de su vida. Alfonso Reyes, Neruda, Cortázar, Susan Sontag, Buñuel o André Malraux están entre los retratados. También François Mitterrand, Lázaro Cárdenas o Jesús de Polanco.

El mundo de la cultura —al máximo nivel— y el de la política se mezclan en estos retratos que terminan componiendo una especie de ensayo sobre la influencia, tanto la influencia intelectual que algunos maestros tuvieron sobre el joven Fuentes, como esa otra clase de influencia que misteriosamente han terminado teniendo los más famosos escritores del 'Boom'.

Pero volvamos a Jean Daniel. Decíamos que es curioso que la lista de retratados por Carlos Fuentes comience precisamente con el periodista francés. Probablemente, también es significativo. Lo digo porque el tono y la óptica que el mexicano emplea en sus semblanzas tienen mucho que ver con el que durante décadas Jean Daniel ha utilizado en *Le Nouvel Observateur*: la amable agudeza, la visión histórica de con-



Este libro agrupa un par de decenas de semblanzas de grandes personajes

junto, el sesgo humanista, el interés por el mundo de la alta política.

Los perfiles de Carlos Fuentes también están directamente relacionados con los de Jean Daniel por los personajes sobre los que se detienen. Se trata del mismo 'Gotha' de la realeza política e intelectual de las últimas décadas, solo que mientras Daniel tiene al-

go de diletante predispuesto a la fascinación, Fuentes es más bien un gigante dispuesto a reconocer la grandeza de otros gigantes. Resulta impresionante, por ejemplo, leer las páginas en las que Fuentes recuerda la investidura de François Mitterrand. Por allí estaban Arthur Miller, William Styron, Elie Wiesel... y Carlos Fuentes. Todos ellos habían sido

convocados por Mitterrand, que era un presidente que leía libros.

Según Fuentes, eso no es cosa solo de los presidentes franceses. Atención: "Cosa que descubrimos Gabo y yo una noche en Martha's Vineyard, escuchando a Bill Clinton recitar de memoria pasajes enteros de Faulkner, demostrar que había leído el Quijote y por qué Marco Aurelio era su au-

tor de cabecera". Ése es el nivel un poco apabullante de los retratos de Carlos Fuentes que se agrupan en *Personas*. Bill Clinton en Martha's Vineyard. Como puede entenderse, algunas de las personalidades que aparecen en el libro (también como secundarios) presentan un evidente interés que linda quizá con el morbo.

Pero, sin embargo, es probable que las semblanzas que terminan presentando mayor profundidad son aquellas que tienen que ver con escritores y personajes de la vida cultural con los que Carlos Fuentes tuvo cercanía a lo largo de los años. Por ejemplo, Julio Cortázar: "La mirada de Cortázar —mirada de gato sagrado— quería ver el lado invisible de las cosas. Ese lado 'invisible' era una inminencia, aún no sucedía. Iba a suceder. Quizá jamás sucedería. Salvo en una página de Cortázar, que de esta manera atribuía al poder creativo, a la creación de la imaginación, el poder oculto, el poder de ser o no ser en la vida diaria, teniendo existencia —realidad— suficiente en la página".

P. M. Z.

Galería de retratos